

CRITICA TEATRAL DE BARCELONA

Palacio de la Música. **LA MURALLA CHINA**, de Max Frisch, por la Agrupación de Teatro de Cámara LA CAZUELA, de Alcoy.

LA MURALLA CHINA es una de esas obras para cuyo análisis no basta un montón de páginas, o que puede analizarse en unas pocas líneas. Obra ambiciosa, con muchas pretensiones, inscrita en ese teatro de signo intelectual que se sirve de un común denominador —en el presente caso, el mundo chino— tan traído y tan llevado por todos los autores del expresionismo— para darnos, en clave de repetición, una visión política y social del mundo actual.

Sirviéndose de morosos juegos llenos de ironía, Max Frisch nos habla de la inutilidad de esa muralla china soñada por el emperador Hwang Ty como la gran solución, sirviéndose de un juego, de una acción paralela que reúne, en un baile de disfraces, a las sombras de Napoleón, Bruto, Colón, Felipe II de España, don Juan, etc., etc., que se aferran a sus sueños, tan vanos como lo son los del emperador, o utilizan peripatéticamente sobre la verdad. *El Actual*, retrato del intelectual, servirá de nexos entre ambos mundos.

Queda claro que la de Frisch es una visión escéptica de nuestro mundo actual. El autor mira con terror la posible reencarnación de un Hwang Ty o un Napoleón, los cuales, con los medios que la destrucción tiene en sus manos hoy día, podrían, llevados por sus sueños de poder destruir nuestro mundo en un segundo; y parece ser que simpatiza con Bruto, plenamente convencido de que hizo bien asesinando a César, que lo tenía que hacer y lo volvería a hacer, a pesar de que ahora sabe que cuanto hizo fue inútil; sin embargo, en contra de lo que parte del público probablemente espera, tampoco está de parte de la oposición, que en esta obra de Frisch se presenta tan mezquina, tan falsa y rastrera como lo es el poder. Ni el pueblo se libra de su acusación y su escepticismo, puesto que la Madre, uno de los personajes más humanos de la obra, con tal de convertir a su hijo en héroe, reniega de la verdad, y le reconoce como a ese mítico personaje con que le han confundido, costándole ese error la vida.

Una obra ambigua y confusa, en la que Frisch condena por igual al poderoso que al humilde, a los grandes lo mismo que a los pequeños, y al parecer condena especialmente a esos intelectuales que se callan porque saben que con hablar solo se consigue la propia perdición.

Al concluir la obra, Pilato, don Juan, Bruto, el mismo Colón, siguen preguntándose, como lo hacemos nosotros, dónde anida la verdad, mientras que, cabalgando sobre un montón de muertos, Napoleón, Felipe II, hasta Cleopatra, siguen aferrados a sus sueños, a sus inútiles y culpables sueños. Y sobre la desolación de un mundo sin soluciones, en el que la sinrazón vuelve siempre a triunfar, solo ese diálogo amoroso y evasivo de Romeo y Julieta, parece proponer cierta esperanza, aunque ésta esté depositada en ese *Actual*, que al fin ha hablado inútilmente y ya no puede hacer nada, y Mee Lan, la noble hija del emperador, violada por quienes actúan bajo el pretexto de libertar al mundo de la tiranía de Hwang Ty y demás tiranos.

A nuestro juicio, LA CAZUELA, al elegir LA MURALLA CHINA, no ha estado acertada. Es verdad que LA MURALLA CHINA entra de lleno dentro de uno de esos apartados de obras que los teatros de cámara debieran siempre elegir para sus representaciones, pero lo extenso de su reparto, integrado por más de cuarenta personajes, ya nos dice, de por sí, que la interpretación no ha de poder rebasar, en el mejor de los casos, los límites de lo discreto. Discretos estuvieron Jaime Bordera, en su papel del Actual, y Roberto Sansilvestre, en su fácil pero efectiva personificación del emperador Hwang Ty; pero lo cierto es que el resto del reparto no mereció ese título del mejor grupo de cámara de España con que la compañía se autoanunció en los periódicos. Tampoco la dirección mereció absolutamente ese calificativo. Conocemos, y de sobras, la dificultad que supone montar en el Palacio de la Música, que no reúne ninguna condición, una obra de teatro; y posiblemente el pobrísimo empleo de las luces con que se sirvió la obra, que tantas precisa, se deba en mucha parte a ello, pero tampoco en el resto de los cometidos de la dirección, firmada por Mario Silvestre, pudimos advertir un mínimo de fantasía, una pizca de imaginación al solucionar los arduos problemas, lo reconocemos, de la obra.

Nombrar a todos los intérpretes, que como ya hemos dicho se mantuvieron, y no todos, en el límite de la discreción, sería, en verdad, algo excesivo. Los figurines, el vestuario, los bocetos, el maquillaje y la escenografía, fueron todos obra, según el programa, de Alejandro Soler.

Sin embargo, la arriesgada empresa, el entusiasmo y la labor didáctica desarrollada por LA CAZUELA al dar a conocer un teatro con el que las compañías profesionales de

España parece que no quieren enfrentarse, sí merecen un sincero aplauso.

GIOVANNI CANTIERI

Instituto de Estudios Norteamericanos. **UN SABOR A MIEL**, de Shelagh Delaney, por GOGO, Teatro Experimental Independiente.

A grandes rasgos, UN SABOR A MIEL, es la historia de una adolescente de dieciocho años que despierta a la vida en medio de un ambiente equívoco, en un sórdido suburbio de Manchester.

Esta joven, hija de una prostituta dispuesta a defender, aún a costa de la felicidad de su propia hija, las postreras boqueadas de su declinante belleza, caminará, presa de encontradas sensaciones, de los brazos engañosos de un marinero negro, a los cuidados solícitos y maternales de un joven sensible que la amparará con ternuras de hermana mayor y que en el hijo que la muchacha espera sueña poder encauzar todo ese cariño que su contraria naturaleza le impide depositar en sus semejantes. La vuelta de la madre, abandonada por el amante con quien se había casado en el ínterin, alejará a ese joven que no hacía más que prodigarle a esa triste muchacha el mismo cariño que hubiera querido que le prodigarán; que le prestaba, al único ser más débil con el que se ha encontrado, esa ayuda, esa comprensión por él tan deseada.

Un cuadro realista a cuyo éxito de escándalo contribuyeron, sin duda, los diecisiete años que la autora tenía cuando se estrenó. La atmósfera y el tono en que el diálogo se desarrolla hicieron que se viera en ella a uno de los miembros de esa juventud airada que tantos buenos frutos ha sabido darle al teatro inglés. Sin embargo, la situación de la protagonista de esta comedia es demasiado particular para que el problema con el que se enfrenta pueda alcanzar visos de acusación social. Las razones por las que la madre descuida la educación de la hija nada tienen en común con las sufridas por toda una juventud decepcionada por las mentiras y las falsedades con que les ha educado su anterior generación. Pues si bien es cierto que hoy en día existen muchas muchachitas en lucha con el despertar y los sueños de su sexo, y aún muchas en la nada fácil circunstancia de convertirse en madres solteras, ya son menos las que tienen como seductor a un negro —también este detalle tiene importancia en la obra, pues una de las cosas que atormentan a su protagonista es la posibilidad de tener un hijo negro— y a una prostituta como madre.

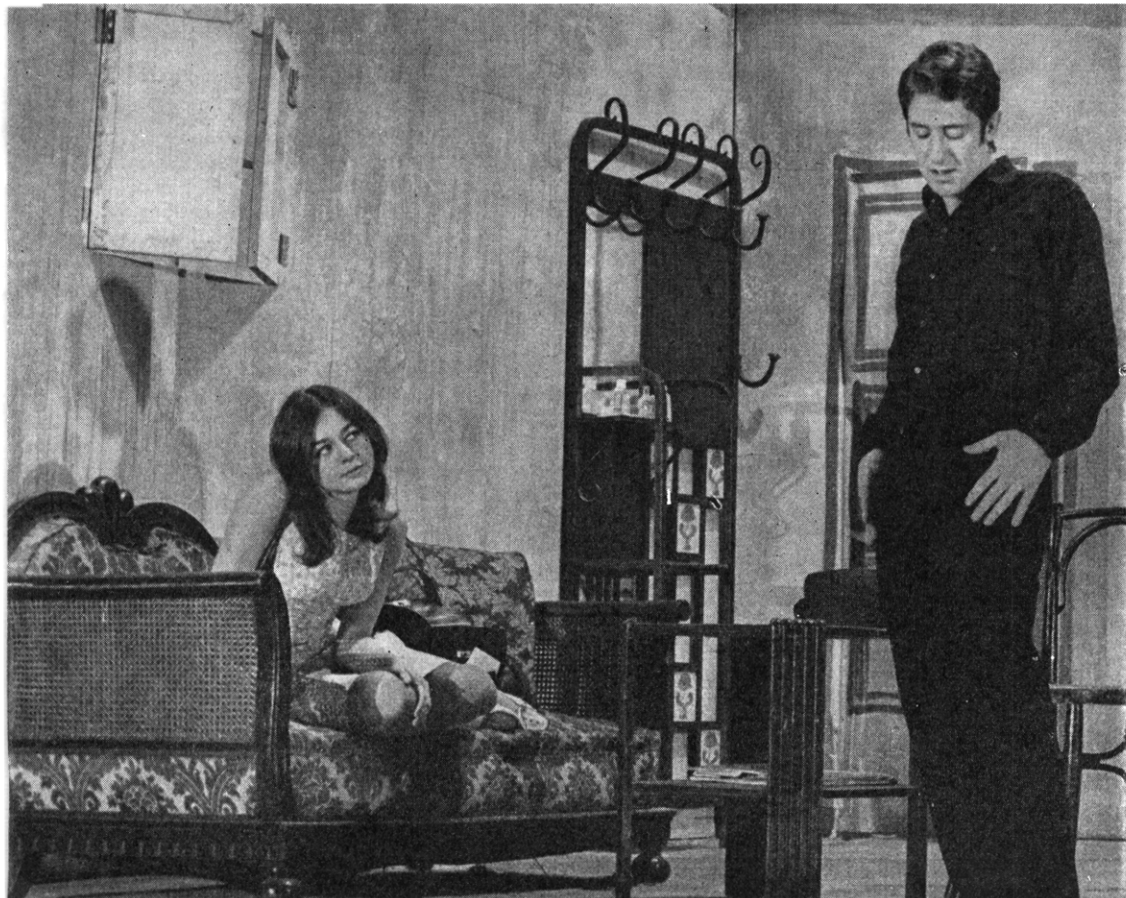
Esto aparte, la obra tiene interés como estudio de un ambiente, y más que de un ambiente, de unos personajes.

La interpretación de GOGO, lo mismo que la dirección, debida a Mario Gas, fue correcta. Estuvo francamente bien Emma Beltrán en el papel de Jo, la adolescente, desvelto Carlos Velat, en el difícil papel de Geofrey, el muchacho de instintos maternales, y eficaz, si bien algo sainetesco, Carlos Canut, en el papel de Peter, el hombre borracho y libertino que se casa con la madre, a la que dio vida, con cierta exageración, especialmente en los pasajes más desgarrados, Cristina Fernández Cubas, Francisco Alborch intervino en el papel de marinero negro.

Lástima que el decorado, de Ignacio A. de Sotomayor (lo mismo que los figurines), no subrayara mejor el ambiente de la obra, tal como ésta precisa. No insistiríamos en ello de haber sido éste más simple, de carácter meramente indicador, pues de sobra conocemos los esfuerzos económicos con que se enfrentan estas compañías, pero como el decorado que nos ofrecieron era corpóreo y de calidad nos creemos en el derecho de hacer nincapié en este fallo, y de echar en falta un elemento que en el teatro inglés, incluso en el más avanzado, juega un papel de primerísima importancia.

Defecto principal de la dirección, la falta de ritmo, que alargó la obra más de lo debido.

GIOVANNI CANTIERI



Emma Beltrán —la adolescente— y Carlos Velat —el muchacho de instintos maternales— en una escena de la obra de Delaney